

ciudad, y defendiendo entretanto la plaza. Así terminó la célebre retirada del ejército inglés, que nosotros no censuraremos, pero que por lo menos probaba el mérito de lo que entonces hacían los españoles, menos disciplinados, mas bisonos, y desprovistos de todos los recursos que en el ejército británico tanto abundaban.

No podia la Coruña defenderse mucho tiempo: así fué que el 19 el general Alcedo que la gobernaba capituló con Soult, el cual entró en la ciudad, renovó las autoridades y les hizo prestar el juramento de reconocimiento y homenaje al rey José. Era natural que pensára luego en apoderarse del Ferrol, primer arsenal de la marina española. En mal estado de defensa la plaza por la parte de tierra, apoderados los franceses de los castillos de Palma y San Martín, acobardadas las autoridades con la rendición de la Coruña, capitularon sometiéndose al reconocimiento del rey José, condicion que excitó el enojo de la Junta Central en términos de fulminar una severísima declaración contra sus autores. El general francés Mermé entró en el Ferrol la mañana del 27 de enero (1809), encontrando en el puerto ¡notable descuido! siete navíos, tres fragatas y otros buques menores, buenos y malos. La pérdida de dos tan importantes plazas, junto con el reembarco de los ingleses, difundió el terror, la tristeza y el desaliento por toda Galicia, y su junta apenas dió señales de vida por algun tiempo.

Quedaba solo el marqués de la Romana, que perseguido por el general Marchand se había ido refugiando, primero en Orense, después en las cercanías de Monterey, y por último buscando apoyo en la frontera de Portugal. El plan de Napoleón era que Soult entrara en Portugal marchando sobre Lisboa, que Ney se encargara de reducir definitivamente la Galicia y las Asturias, que Bessiéres ocupara con su numerosa caballería las dos Castillas, y que Victor se encaminara por Extremadura sobre Sevilla. Pero ya es tiempo de que veamos lo que acontecía en el centro de España.

El duque del Infantado, que habia quedado capitaneando el ejército del centro, despues de muchos planes mandó al general Venegas que desde Uclés, donde se hallaba, acometiese á Tarancon, donde habia ochocientos dragones franceses. Obedeció aunque de mala gana Venegas, y trató de ejecutar la operacion la noche del 24 al 25 de diciembre (1808). Por desgracia fué una noche de nieve y de ventisca; nuestra caballería se extravió casi toda; una parte de ella hubiera sido acuchillada por los franceses, si dos batallones de infantería no hubieran llegado á tiempo de protegerla y de rechazar al enemigo; pero la empresa se malogró, y de su mal éxito se culpaban los gefes unos á otros. Lo peor fué que aquella tentativa nos acarreó después un gran desastre. Para que éstas no se repitiesen resolvió el mariscal Victor dar un golpe

decisivo con los catorce mil infantes y tres mil caballos que el rey José acababa de revistar en Aranjuez. Sospechó Venegas, y consultó con el Infantado si se replegaría á Cuenca: Infantado no contestaba, ocupado siempre en idear nuevos planes y en no ejecutar ninguno: en su vista acordaron Venegas y Senra reunirse en Uclés con los ocho á nueve mil hombres que entre los dos juntaban; tomar allí posiciones y esperar las órdenes del duque, y así lo verificaron al amanecer del 12 de enero (1809).

Ventajosa era la situación por la naturaleza y calidad del terreno, y de seguro no pensaron aquellos españoles en que siglos atrás había sido aquel mismo sitio teatro de la gran catástrofe en que Alfonso IV. de Castilla había perdido y llorado (la muerte de) su hijo querido á quien llamaba la luz de sus ojos. Allí fué á buscarlos el mariscal Victor, siendo el general Villatte el primero que en la mañana del 13, avanzando intrépidamente con sus aguerridos batallones, arrojó la derecha de los nuestros del pueblecito de Tribaldos que ocupaba. Mas flacamente defendidas las alturas de la izquierda, tarde acudió Senra á reforzarlas, y ya no pudo impedir que fuesen los nuestros arrollados. Situado Venegas en el convento, desde donde se divisaba y dominaba todo el campo de batalla, intentó también detener al enemigo, aunque inútilmente; gracias que pudo salvarse él mismo, contuso, y con principio de fiebre. Al querer la infante-

ría retirarse sobre Carrascosa tropezó con la división de Ruffin, y tuvo que rendirse casi toda. De tres cuerpos de caballería que guiaba el marqués de Albudeite fueron muy pocos los que no quedaron ó prisioneros ó muertos, contándose entre los últimos el mismo marqués. El esfuerzo y la serenidad de don Pedro Agustín Giron salvó algunos cuerpos, que con las reliquias de otros se unieron en Carrascosa, legua y media distante, al duque del Infantado que perezosamente marchaba hacia el lugar del combate. Desastrosa como pocas fué la jornada de Uclés; perdiéronse casi todas las tropas que mandaban Venegas y Senra: Venegas y el Infantado se acusaron recíprocamente de aquella calamidad, y creemos que por desgracia ambos podían hacerse cargos fundados: no sabemos cómo Infantado podría cohonestar el no haber respondido á los oficios de Venegas.

Pero lo más calamitoso y lamentable no fué la derrota que sufrimos; lo deplorable, lo horrible de aquel día fueron las crueldades inauditas, los actos de barbarie cometidos por los franceses en Uclés. Lo de menos fué el pillage, y aun los tormentos empleados con los vecinos para que descubriesen donde tenían las alhajas: aun no fué tampoco lo más atroz el aparejarlos como á bestias y cargar sobre ellos los enseres y hacérselos conducir á las alturas para hacer hoguera de ellos; lo más cruel parecería haber sido el acto de degollar á sesenta y nueve personas que atraí-

lladas condujeron á la carnicería, vecinos ilustres, clérigos y monjas, sino tuviéramos que añadir ¡estremece el pensarlo, cuanto más el estamparlo! el haber abusado torpemente de mas de trescientas mugeres que acorraladas tenian, sordos é insensibles á sus ayes y clamores. Nunca aprobarémos nosotros los asesinatos de franceses que en los pueblos aisladamente se cometian; ¿pero no daban ellos mismos ocasion, ellos sujetos á unos gefes y á una ordenanza y disciplina militar (4)?

El duque del Infantado con el resto del ejército y las cortas reliquias del de Uclés, volvió desde Carrascosa por Cuenca camino de Valencia (14 de enero). En su persecucion fué enviado el general Latour-Maurobourg. Hundida nuestra artillería, que consistia en quince piezas, en los lodazales de los caminos, hubo que abandonarla casi toda. Desistió luego Infantado de ir á Valencia, y entróse por el reino de Murcia. Pero desde Chinchilla varió otra vez de movimiento

(4) Sobre nuestra pérdida en la desgraciada accion de Uclés, hemos visto cálculos muy diferentes en las historias francesas y españolas. Unos dos mil fueron los muertos: á diez mil hacian subir el número de prisioneros las partes que se publicaron: á trece mil le eleva un historiador francés. La verdad creemos que está en el parte del mariscal Jourdan al mayor general, fecha 20 de enero, en que decia: «Tengo el honor de comunicar á V. A. que

»la columna de prisioneros hechos
»en Uclés ha llegado hoy á Madrid. Compónese de cuatro generales, diez y siete coroneles, diez y seis tenientes coroneles, doscientos noventa oficiales, y cinco mil cuatrocientos sesenta individuos de tropa. He pedido el estado nominal de los oficiales, y el de los sargentos, cabos y soldados por regimientos: luego que le reciba, tendré la honrra de dirigirle á V. A.»

(21 de enero), y tomando rumbo hácia Sierra-Morena, fijóse en Santa Cruz de Mudela. Hácia allí se encaminó tambien después el mariscal Victor, llegando el 30 á Madridejos.

Dejemos allí al Infantado, siempre discurriendo planes sin efecto, hasta que fué relevado del mando por la Junta Central; y traigamos, que ya es tiempo, hasta la fecha en que nos encontramos los sucesos de otras partes, que hemos dejado retrasados y pendientes, dando una necesaria preferencia á lo que pasaba allí donde figuraban en persona ó dirigian los movimientos el emperador y el rey.

Habíanse meneado tambien, y no flojamente, en este tiempo las armas en Cataluña. El general Duhesme, á quien en últimos de agosto (1808) dejamos en Barcelona de regreso de la jactanciosa expedicion y malogrado sitio de Gerona (4), viéndose cada vez mas estrechado en aquella plaza por las tropas del marqués de Palacio y del conde de Caldagués, que desde Gerona habia acudido tambien á reforzar la línea del Llobregat, dispuso otra salida con seis mil hombres, y atacó con ellos nuestra línea en Molins de Rey y en San Boil, con ventaja en este último punto, sin éxito en el primero, fijándose luego en sus alturas para mejor asegurarle en lo sucesivo el conde de Caldagués. Desde primeros de setiembre en que esto sucedió has-

(4) Véase el capítulo segundo de este libro.

ta últimos de octubre, no pudo hacer Duhesme otra cosa que sostener escaramuzas y reencuentros en los alrededores de Barcelona, siendo tal el que sostuvo en San Cugat del Vallés, que juzgó prudente no alejarse de los muros de la ciudad.

No iban sin embargo las operaciones de nuestras tropas tan á gusto de los catalanes como la impaciencia en aquellos tiempos solia exigir de los que las mandaban y dirigían. Víctima de esta impaciencia fué en esta ocasion el marqués de Palacio, á quien la Junta Central, condescendiendo con la opinion pública de Cataluña, relevó del mando, sustituyéndole con el capitán general de las Baleares don Juan Miguel de Vives (28 de octubre, 1808), que fué cuando Palacio, segun indicamos en otro lugar, se trasladó á Andalucía. Vives reunió un ejército de veinte mil hombres con diez y siete piezas, que se denominó de la derecha, y cuya vanguardia confió á don Mariano Alvarez, á quien veremos luego adquirir justa celebridad. El sistema de Vives fué tener bloqueada y estrechada á Barcelona, lo cual produjo á Duhesme conflictos y apuros interiores, no tanto por la escasez de mantenimientos, que tambien se hizo sentir, cuanto por el aliento que esto daba á los barceloneses leales, y por la facilidad que para la emigracion les ofrecia: tanto que para contenerla tuvo el general francés que acudir á confiscar los bienes de los que desaparecian, ó á permitir la salida con tales condiciones que quebran-

táran la fortuna de los que la solicitaban. Y como en la poblacion no hallaba de quién fiarse, y la tropa española le era tan sospechosa que tuvo por necesario desarmar al segundo batallon de guardias walonas, queria conseguir la sumision á fuerza de rigor, de tropelías y de vejaciones, y lo que lograba era preparar más los espíritus á la rebelion.

Mas aquel sistema de bloqueo no carecia tampoco de inconvenientes, porque habia otros puntos á que atender. Varió además para unos y otros el aspecto de la guerra en Cataluña con la entrada en principios de noviembre del sétimo ejército francés, fuerte de veinte y cinco mil hombres, al mando del general Gouvion Saint-Cyr, el cual situó su cuartel general en Figueras (6 de noviembre, 1808). Su primer propósito fué ver de apoderarse de la plaza y puerto de Rosas, y la primera medida encargar esta operacion al general Reille, el cual se puso delante de ella el 7 con su division y la italiana que mandaba Pino, siete mil hombres entre las dos. Protegía el sitio la division Souham colocada detrás del Fluviá. Tres mil españoles guarnecian la pequeña poblacion de Rosas, fuerte solo por su ciudadela en forma de pentágono, en la cual se habia logrado colocar de prisa treinta y seis piezas, y por el fortin llamado la Trinidad, aunque situado éste al extremo opuesto y á mas de mil toesas de la villa en un repecho que constituye por allí el término del Pirineo. Habia no obs-

tante buenos ingenieros ⁽¹⁾, y era excelente oficial el gobernador don Pedro Odaly. Protegíalos además desde la bahía una flotilla inglesa, y habíanse abierto zanjas y construido trincheras en las bocas-calles.

Llevaba Reille esperanzas de tomar á Rosas por sorpresa; mas no solo se equivocó en este cálculo, sino que habiendo sobrevenido copiosas lluvias, en mas de ocho dias no pudo preparar los trabajos de asedio. Concluidos éstos, comenzaron con vigor los ataques; vigorosa fué tambien la resistencia; impetuosas las salidas, aunque rechazadas. El 25 (noviembre, 1808) formaron empeño los franceses en penetrar en la villa: quinientos españoles habia en ella, y tál fué su porfía en resistir, que de ellos murieron trescientos. El fortin de la Trinidad, donde se encerró con un puñado de los nuestros el célebre lord Cockrane, rechazó el 30 con denuedo un asalto de los enemigos. La ciudadela respondió con firmeza á las intimaciones de rendicion. Pero el 5 de diciembre, alejadas las cañaves inglesas á cañonazos, abierta ancha brecha en el muro, heridos casi todos los defensores, y después de 29 dias de asedio, hizo el gobernador una honrosa capitulacion, quedando la guarnicion prisionera de guerra.

(1) «Tan buenos como los ha un historiador francés, que no ha habido siempre en España,» tiene costumbre de elogiar nada dice á propósito de los de Rosas que pertenezca á nuestro país.

Tomada Rosas, Saint-Cyr á quien entretanto ni las instancias de Duhesme, ni el conocido deseo de Napoleon habian logrado mover á que marchase sobre Barcelona apretada por los españoles, dirigióse al fin á la capital del Principado, dejando en el Ampurdan la division Reille, y la artillería en Figueras, llevando solo los tiros, fiado en la que sobraba en Barcelona; resolucion peligrosa y atrevida, que habria podido comprar cara, si don Juan Miguel de Vives, reforzado entonces con las divisiones de Granada y Aragon mandadas por Reding y el marqués de Lazan, le hubiera salido al encuentro en alguna de las angosturas que tenia que pasar, en vez de empeñarse en atacar cada dia á Barcelona y mantener en derredor su ejército. Ciertó que consiguió tener encerrado á Duhesme, hacer algun centenar de prisioneros, y clavar los cañones de la falda de Monjuich; pequeñas ventajas en cotejo de las que hubiera obtenido yendo á buscar á Saint-Cyr en el momento de separarse de Reille. Esto no se hizo, desatendiendo el consejo del conde de Caldagués, y las medidas que después se tomaron no bastaron para contener á Saint-Cyr en su marcha: él mismo estrañó no encontrar embarazo, ni en las alturas de Hostalrich ni en las gargantas del Tordera: para evitar los fuegos de aquella plaza tuvo que torcer por un áspero sendero: incomodóle después algun tanto el coronel Milans; encontró algunas cortaduras en el desfiladero de Trein-

tante buenos ingenieros ⁽¹⁾, y era excelente oficial el gobernador don Pedro Odaly. Protegíalos además desde la bahía una flotilla inglesa, y habíanse abierto zanjas y construido trincheras en las bocas-calles.

Llevaba Reille esperanzas de tomar á Rosas por sorpresa; mas no solo se equivocó en este cálculo, sino que habiendo sobrevenido copiosas lluvias, en mas de ocho dias no pudo preparar los trabajos de asedio. Concluidos éstos, comenzaron con vigor los ataques; vigorosa fué tambien la resistencia; impetuosas las salidas, aunque rechazadas. El 25 (noviembre, 1808) formaron empeño los franceses en penetrar en la villa: quinientos españoles habia en ella, y tál fué su porfía en resistir, que de ellos murieron trescientos. El fortin de la Trinidad, donde se encerró con un puñado de los nuestros el célebre lord Cockrane, rechazó el 30 con denuedo un asalto de los enemigos. La ciudadela respondió con firmeza á las intimaciones de rendicion. Pero el 5 de diciembre, alejadas las llaves inglesas á cañonazos, abierta ancha brecha en el muro, heridos casi todos los defensores, y después de 29 dias de asedio, hizo el gobernador una honrosa capitulacion, quedando la guarnicion prisionera de guerra.

(1) «Tan buenos como los ha un historiador francés, que no ha habido siempre en España,» dice á propósito de los de Rosas tiene costumbre de elogiar nada que pertenezca á nuestro país.

Tomada Rosas, Saint-Cyr á quien entretanto ni las instancias de Duhesme, ni el conocido deseo de Napoleon habian logrado mover á que marchase sobre Barcelona apretada por los españoles, dirigióse al fin á la capital del Principado, dejando en el Ampurdan la division Reille, y la artillería en Figueras, llevando solo los tiros, fiado en la que sobraba en Barcelona; resolucion peligrosa y atrevida, que habria podido comprar cara, si don Juan Miguel de Vives, reforzado entonces con las divisiones de Granada y Aragon mandadas por Reding y el marqués de Lazan, le hubiera salido al encuentro en alguna de las angosturas que tenia que pasar, en vez de empeñarse en atacar cada dia á Barcelona y mantener en derredor su ejército. Ciertamente que consiguió tener encerrado á Duhesme, hacer algun centenar de prisioneros, y clavar los cañones de la falda de Monjuich; pequeñas ventajas en cotejo de las que hubiera obtenido yendo á buscar á Saint-Cyr en el momento de separarse de Reille. Esto no se hizo, desatendiendo el consejo del conde de Caldagués, y las medidas que después se tomaron no bastaron para contener á Saint-Cyr en su marcha: él mismo estrañó no encontrar embarazo, ni en las alturas de Hostalrich ni en las gargantas del Tordera: para evitar los fuegos de aquella plaza tuvo que torcer por un áspero sendero: incomodóle después algun tanto el coronel Milans; encontró algunas cortaduras en el desfiladero de Trein-

ta-Pasos, pero vencidas todas estas dificultades, acampó á una legua del ejército de Vives, que por último habia ido á situarse entre Llinás y Villalba, pasado el Cardedeu.

Crítica era no obstante la situacion de Saint-Cyr, con soldados nuevos de todas las naciones; escaso de municiones y de víveres, sin artillería, teniendo de frente á Vives, en escogida posicion, de flanco á Milans, á retaguardia á Lazan y Clarós, con siete piezas de artillería los españoles. Todo hacía augurar de parte de éstos en la mañana del 16 de diciembre un triunfo que hubiera podido recordar el de Bailen. El principio de la batalla no nos fué desfavorable, porque una brigada francesa fué rechazada, destrozado uno de sus regimientos por el coronel Ibarrola, y cogidos prisioneros dos gefes, quince oficiales y sobre doscientos soldados. Pero lo crítico de su situacion inspiró denuedo y energía á Saint-Cyr; á la bayoneta y en columna cerrada mandó á las divisiones Souham y Fontana cargar nuestra izquierda y nuestro centro. La operacion fué ejecutada con una precision admirable, nuestro ejército se halló envuelto y derrotado, matáronnos quinientos hombres, quedaron mas de mil prisioneros, y se perdieron cinco de los siete cañones, bien que no sin haber causado ántes algun destrozo al enemigo. Salvóse Vives huyendo á pié por ásperos senderos; Reding á uña de caballo pudo incorporarse á una columna que en órden se retiraba

camino de Granollers, y se acogió con el conde de Caldagués á la derecha del Llobregat, dejando abandonados al enemigo los almacenes. Lazan, Alvarez y Clarós retrocedieron á Gerona; Milans se mantuvo en Arenys de Mar, y Saint-Cyr se presentó el 17 delante de Barcelona, justamente orgulloso con un triunfo impensado, cuyo fruto principal fué el aliento que dió á los suyos y el desánimo que infundió en los españoles.

Grande fué la alegría de los franceses de Barcelona al verse socorridos y libres del bloqueo. Saint-Cyr encontró allí numerosa artillería, segun le habia anunciado Duhesme, y deseoso de proseguir sus ventajas sobre los nuestros, no dió sino dos dias de descanso á sus tropas en Barcelona, y reforzado además con la division de Chabran, salió en busca del derrotado ejército español (20 de diciembre) que habia ido reuniéndose á la derecha del Llobregat, bajo el mando interino de Reding, del mismo modo que continuó luego, pues aunque se apareció allí el fugitivo Vives, desapareció pronto otra vez pasando á Villafranca para obrar de acuerdo con la Junta. Situáronse los franceses á la orilla opuesta del rio. Perplejo Reding, por no haber el general en gefe manifestado esplicitamente su voluntad, resolvióse á esperar el ataque, que comenzó la mañana del 21 por el punto de Molins de Rey, de donde tomó su nombre la batalla. Pocos los nuestros y desalentados con la reciente derrota de Cardedeu ó

Llinás ⁽¹⁾, muchos y victoriosos los franceses ⁽²⁾, atacado con vigor el puente por la fresca division de Chabran, vadeado el rio por dos partes por las de Pino y Souham, maniobrando Saint-Cyr con aquel arte que le acreditó como uno de los primeros tácticos del siglo, envolvió nuestra derecha, arrojóla sobre el centro, desbarató completamente nuestras filas, y los soldados se atropellaban en la mayor confusion unos á otros, desbandándose al fin, que fué la manera de no caer todos en poder de los franceses. Aparecióse de nuevo allí Vives; llegó solo á presenciar la catástrofe. Perdióse toda la artillería: el conde de Caldagués quedó entre los prisioneros, con bastantes coroneles: el brigadier la Serna fué á morir de las heridas en Tarragona.

Fuéronse reuniendo en esta ciudad los dispersos: la poblacion culpó de la catástrofe al general Vives, alborotóse contra él, amenazóle de muerte, y él para salvar la vida resignó el mando en don Teodoro Reding, cuyo nombre representaba el hecho mas glorioso de aquella guerra, y el cual se dedicó con ahinco á reorganizar el desconcertado ejército, que bien lo ha-

(1) «Los españoles, dice Thiers hablando de esta batalla, en número de treinta y tantos mil hombres, se hallaban situados en unas alturas pobladas de bosques, etc.»—Evidentemente exageró sin necesidad nuestras fuerzas el historiador francés. ¿Cómo ni de dónde se habian de haber juntado tantos despues de

la rota y dispersion de Llinás, y faltando la gente que mandaban Milans, Lazan, Alvarez y Clarós? —A menos de once mil las reduce el conde de Toreno. Por nuestros datos no podian pasar de catorce.

(2) Por confesion de Thiers eran mas de veinte mil.

bia menester. La junta del Principado se trasladó á Tortosa. Por de pronto el general Saint-Cyr con las victorias de Cardedeu y de Molins de Rey quedó como dueño de Cataluña, pudiendo recorrerla libremente, derramando por todas partes el espanto, y en aptitud de emprender los sitios de las plazas fuertes. De modo que al finar el año 1808 los franceses dominaban en Cataluña; se enseñoreaban de Galicia, Asturias, las dos Castillas y las provincias del Norte; eran dueños de la capital; corrian las llanuras de la Mancha y amenazaban invadir el Mediodía.

Solo en un punto de la Península se hallaba empeñada una lucha heróica, lucha que habia de producir tal resplandor que disipára la negra oscuridad que encapotaba el horizonte de España. Sosteníase esta lucha en Zaragoza, ya célebre por su primer sitio, y que habia de inmortalizarse por el segundo que ahora sufría.

Despues de la derrota de nuestro ejército del centro en Tudela, el mariscal Monecy se situó en Aragon con su tercer cuerpo compuesto de diez y seis mil hombres. El 17 de diciembre (1808) se le incorporó allí el quinto cuerpo, que constaba de diez y ocho mil combatientes mandados por el mariscal Mortier, recién entrado en España. Hiciéronse venir de Pamplona sesenta bocas de fuego, y el general Lacoste llegó con todos los útiles de sitio, y con ocho compañías de zapadores y dos de minadores. Todas estas fuerzas reu-